

tras fuerzas ; diremos únicamente que la primera se prolongó muchísimo, y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudiéramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.

XVII.

Los cuatro vientos.

Chicot, con un caballo que debía de ser muy fuerte para llevar un personaje tan grande, hizo noche en Fontainebleau, tomó por la mañana el camino de la derecha, y llegó hasta un pueblecito llamado Orgeval. Bien hubicra querido andar algunas leguas más aquel día, porque estaba deseoso de alejarse de París, pero su cabalgadura comenzaba ya á dar tantos y tan grandes tropezones, que juzgó urgente detenerse.

Además, su vista, de ordinario tan perspicaz, no

había podido percibir nada en todo lo largo del camino que pudiese inquietarle; pues, hombres, carretas y barreras le habían parecido completamente inofensivos.

Pero Chicot, aunque en seguridad, á lo menos en apariencia, no por eso se creía seguro; porque, como saben nuestros lectores, nadie se fiaba menos que él en apariencias.

Así pues, antes de acomodar su caballo, antes de recogerse, él mismo, examinó con escrupulosa atención toda la casa.

Enseñáronle vastos aposentos con tres ó cuatro puertas de entrada; pero, según su parecer, que no dejaba de ser exacto, no sólo eran demasiadas puertas para una habitación, sino que tampoco cerraban bastante bien.

Al fin, el mesonero le indicó un espacioso gabinete sin más salida que una puerta de comunicación con la escalera; esta puerta tenía fuertes cerrojos por la parte interior.

Chicot mandó que le dispusiesen en él una cama, prefiriéndolo desde luego á los otros cuartos que había visto, y que, aunque mejor amueblados, estaban peor defendidos.

Examinó con cuidado los cerrojos, y satisfecho de su solidez, así como de la facilidad con que corrían, cenó en el mismo gabinete, no quiso que quitaran la mesa so pretexto de que solía acosarle el hambre por la noche, se desnudó, colocó su ropa en una silla y se acostó.

Pero antes de acostarse, sacó de su ropilla, como hombre precavido, el saquillo que contenía sus escudos, y lo puso con su espada debajo de la almohada.

En seguida repasó mentalmente tres veces seguidas el contenido de la carta del rey.

La mesa le servía de segundo baluarte, y con todo, no le pareció suficiente aquella defensa: se levantó, pues; cogió un pesado armario del gabinete entre sus brazos, y lo arrastró hasta colocarlo delante de la puerta de entrada, tapiándola así herméticamente.

Contaba, pues, entre su persona y cualquier agresor posible, una puerta, un armario y una mesa.

La hostería había parecido á Chicot casi inhabitada; el mesonero tenía un semblante cándido, soplaban el viento furiosamente, y rechinaban las ramas de los árboles con aquel ruido infernal que,

al decir de Lucrecia, se convierte en un suave y hospitalario murmullo para el viajero encerrado bajo llave y tendido en un blando y magnífico lecho.

Chicot se tendió muellemente en el suyo después de haber terminado todos sus preparativos de defensa. Es preciso convenir en que aquella cama era deliciosa y que estaba preparada de tal modo, que podía garantir á un hombre contra cualquiera inquietud que le proporcionasen sus semejantes ó los acontecimientos que le sobreviniesen.

En efecto, aparecía como escondido entre largas y anchas cortinas de sarga verde, y un cobertor de plumas comunicaba un calor saludable á los miembros del dormido viajero.

Chicot había cenado como aconseja Hipócrates, es decir, parcamente; sólo había bebido una botella de vino, y su estómago, dilatado convenientemente, enviaba á todo el organismo del cuerpo esa sensación de bienestar que comunica sin interrupción ese órgano complaciente que suple al corazón de muchos hombres tenidos por honrados.

Un velón que Chicot había puesto en la orilla de la mesa inmediata á la cama, alumbraba el gabi-

nete, y nuestro hombre leía antes de dormirse, tal vez por llamar el sueño, un libro curioso y nuevo que acababa de salir á luz, escrito por un corregidor de Burdeos, llamado Montagne ó Montaigne.

El tal libro se había impreso en dicha ciudad el mismo año de 1581, y contenía las dos primeras partes de una obra que luego fué muy conocida, intitulada *Ensayos*, bastante agradable y divertida para que un hombre se arriesgase á leerla dos veces al día; pero tenía al mismo tiempo la ventaja de ser eminentemente pesado para no impedir el sueño á un hombre que había caminado quince leguas sin echar pie á tierra y bebido su correspondiente botella de vino generoso después de la cena.

Chicot estimaba mucho aquel libro que al salir de París había metido en el bolsillo de su ropilla, y á cuyo autor conocía personalmente. El cardenal de Perrón le llamaba *Breviario de los hombres honrados*, y Chicot, que sabía apreciar el talento y el buen gusto del cardenal, no había tenido inconveniente en aceptar por breviario los *Ensayos*, del corregidor de Burdeos.

Pero sucedió que estando leyendo el *capítulo octavo* se quedó profundamente dormido.

El velón seguía iluminando la estancia, la puerta estaba cerrada, y el armario, la mesa, la espada y el saquillo de los escudos se mantenían en su sitio. El mismo san Miguel Arcángel hubiera dormido como Chicot, sin pensar en Satanás, aun cuando le hubiese oído rugir en la parte exterior de aquella puerta y al través de sus cerrojos.

Ya hemos dicho que hacía mucho viento: los silbidos de esa serpiente gigantesca se deslizaban entre espantosas melodías por debajo de la puerta y movían las tablas de un modo extraño y singular. El viento es la más perfecta imitación, ó, por mejor decir, la más completa parodia de la voz humana, pues unas veces chilla remedando á una criatura que llora, y otras imita con sus sordos rugidos la cólera de un marido irritado con su mujer.

Chicot conocía que se había levantado una terrible tempestad, y una hora después toda aquella barahunda se había convertido para él en un elemento de tranquilidad, supuesto que luchaba animoso contra el frío con su colcha de plumas, y contra el viento con sus ronquidos.

Pero á pesar de su sueño, figurábase que la

tempestad iba en aumento y aun que se acercaba de una manera horrorosa.

De repente hace estremecer la puerta del gabinete una terrible ráfaga de viento, saltan las chapas, los anillos y los cerrojos, y el armario, perdiendo su equilibrio, se desploma sobre el velón, que queda apagado y roto, y sobre la mesa, que cae hecha pedazos.

Chicot, aunque dormía bien, tenía la ventaja de despertarse pronto y con toda su presencia de espíritu; esta presencia le indicó que era mucho mejor para él dejarse deslizar por el espacio vacío entre la cama y la pared, que bajar de la cama por delante. En efecto, al hallarse entre la cama y la pared, sus dos manos expertas y aguerridas se dirigieron rápidamente hacia el lado izquierdo de la cabecera, en que estaba el saquillo de escudos, y hacia el derecho al puño de la espada.

Chicot abrió tamaños ojos, pero nada vió; seguía reinando profundísima la noche.

Aplicó entonces el oído, y le pareció que en aquella noche fatal se habían propuesto los cuatro vientos disputarse en singular combate la posición de su gabinete, desde el armario, que continuaba aplastando la mesa, hasta las sillas, que rodaban cho-

cando unas con otras y por encima de los demás muebles.

En medio de tan infernal batahola, creyó Chicot que los cuatro vientos acababan de penetrar en carne y hueso en su gabinete, y que por lo tanto eran sus enemigos Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, con sus molletudos carrillos y sus enormes patas.

Resignado, porque estaba convencido de que nada podía hacer contra las divinidades del Olimpo, se agazapó en el rincón de la cama, semejante al hijo de Oileo después de uno de aquellos terribles arrebatos de furor que nos refiere Homero.

Lo único que hizo fué presentar la punta de su larga tizona al viento, ó mejor dicho, á los vientos, con el objeto de que en caso de acercarse á él demasiado los mitológicos personajes, se atravesasen á sí mismos sin consideración alguna, aun cuando resultase lo que resultó de la herida hecha por Diomedes á Venus.

Por fin, después de algunos minutos de una zambra abominable, tal como nunca atormentó humanos oídos, aprovechó Chicot de un momento de respiro que le otorgó la tempestad para

dominar con su voz la furia del deseneadenado elemento y la terquedad de los muebles, empeñados en coloquios demasiado estrepitosos para ser naturales.

Chicot pidió á grandes voces : ¡ socorro !

Hizo al cabo él solo tanto ruido, que los cuatro vientos se calmaron, como si el mismo Neptuno hubiera pronunciado el famoso *quos ego* : seis ú ocho minutos después de haberse retirado, al parecer, Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, apareció el mesonero con una linterna en la mano para iluminar el drama.

El teatro en que acababa de representarse ofrecía un aspecto lamentable muy parecido al de un campo de batalla. El grande armario tendido sobre la desquiciada mesa dejaba descubierta la entrada de par en par, y la puerta, únicamente sostenida por un cerrojo, oscilaba á derecha é izquierda como la vela de un buque ; las tres ó cuatro sillas que completaban el ajuar estaban patas arriba ; y por último, la vajilla que había adornado la mesa, se veía amontonada y hecha mil pedazos en el suelo.

-- Este es un verdadero infierno, -- exclamó
 II. 15

Chicot reconociendo al mesonero á la luz de la linterna.

— ¡ Oh, Dios mío ! — gritó éste al ver el horroroso estrago que acababa de suceder. — ¿ Qué ha habido aquí, caballero ?

Y levantó ambas manos, y por consiguiente su linterna, al cielo.

— ¿ Cuántos demonios tenéis alojados en esta casa, amigo mío ? — le preguntó Chicot.

— ¡ Válgame Dios ! ¡ Qué tiempo ! — contestó el posadero con el mismo gesto patético.

— ¿ Pero no son seguros esos malditos cerrojos ? ¿ Es de cartón la casa por ventura ? Voy á salir de ella ahora mismo, porque prefiero hallarme en medio del campo.

Y Chicot, saliendo de su escondite, apareció espada en mano en el espacio que había quedado libre entre el pie de la cama y la pared.

— ¡ Pobres muebles míos ! — dijo suspirando el mesonero.

— ¿ Y mis vestidos, — exclamó Chicot, — en dónde están ? — Yo los he dejado en la silla.

— ¡ Vuestros vestidos, caballero ! — respondió

aquél sencillamente. — Si los habéis dejado ahí, ahí deben estar todavía.

— ¡ Cómo si los he dejado ! ¡ Suponéis acaso que he llegado aquí ayer en este traje ?

Y Chicot procuró, aunque en vano, cubrir sus carnes con su ligera camisa.

— ¡ Oh, señor ! — repuso el huésped bastante apurado para desenredarse de tan apremiante argumento, — bien sé que llegasteis vestido.

— Me alegro de que convengáis en ello.

— Pero...

— ¿ Pero qué ?

— El viento ha abierto la puerta y todo lo ha dispersado.

— No es esa mala razón.

— Ya lo estáis viendo.

— Sin embargo, — replicó Chicot, — vamos á discurrir un poco. Cuando el viento entra en alguna parte, y precisamente ha debido entrar aquí para ocasionar este desorden que veo, ¿ no es cierto ?

— No hay duda en ello.

— Pues bien, cuando el viento entra en alguna parte, es porque llega de afuera.

— Indudablemente.

— ¿ No lo negáis ?

— No, porque sería una locura.

— Ahora bien ; el viento, al entrar en este gabinete, debía traer á él los vestidos de los que duermen en otros cuartos, en vez de llevar los míos no sé adonde.

— ¡ Ah ! En efecto ; eso es evidente, y así debía suceder ; y sin embargo, existe, ó parece existir, la prueba de lo contrario.

— Compadre, — dijo Chicot, que acababa de explorar el piso del aposento con sus investigadoras miradas, — ¿ qué camino ha traído el viento para visitarme ?

— No os entiendo, caballero.

— Os pregunto de qué lado sopla el viento.

— Del Norte, caballero, del Norte.

— En ese caso ha caminado por el lodo, porque hé aquí las señales de sus zapatos.

— Y Chicot enseñaba el mismo tiempo á su huésped las huellas de un calzado lleno de barro, marcadas en el piso del aposento.

El mesonero se puso pálido.

— Ahora, querido mío, — prosiguió Chicot, — sólo debo daros un consejo, y es que vigileis bien

á esa especie de vientos que se dirigen á las posadas, penetran en los dormitorios después de forzar las puertas, y se retiran después de robar los vestidos de los viajeros.

El mesonero dió dos pasos atrás para desembarazarse de los muebles que yacían por el suelo y acercarse á la entrada del pasadizo.

No bien tuvo segura la retirada, cuando preguntó á Chicot :

— ¿ Por qué me llamáis ladrón ?

— ¡ Toma ! ¿ Qué habéis hecho de vuestra cara de hombre honrado ? — le preguntó Chicot. — Habéis cambiado mucho en poco tiempo.

— He cambiado porque me insultáis.

— ¡ Yo !

— Sí por cierto, me llamáis ladrón, — repitió el posadero en tono más alto y semejante al de una amenaza.

— Os llamo ladrón, porque sois responsable de mis efectos, y porque mis efectos han sido robados en vuestra casa. Me parece que no me negaréis esto.

Y Chicot á su vez, como un espadachín que

quiere probar á su adversario, hizo un gesto amenazador.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! ¡ Á mí, vosotros ! — gritó el huésped.

Á estas voces se presentaron en lo alto de la escalera cuatro hombres provistos de sendos garrotes.

— ¡ Pardiez ! — dijo Chicot ; — hé aquí á Noto-Euro, Aquilón y Bóreas. Pues bien, ya que la ocasión se presenta, voy á desterrar de la tierra el viento Norte, en obsequio de la humanidad, á fin de que tengamos una primavera eterna.

Y diciendo y haciendo sacudió un mandoble tan terrible en la dirección del viento más inmediato, que si éste no hubiese dado un salto hacia atrás con la ligereza de un verdadero hijo de Eolo, hubiera quedado dividido de arriba abajo.

Pero como desgraciadamente al ejecutar aquel movimiento retrógrado miraba de hito en hito á Chicot, y por consiguiente no veía los objetos que tenía detrás, fué á caer en la orilla del primer escalón, y no pudiendo conservar el centro de gravedad, rodó estrepitosamente todas las escaleras.

Esta retirada fué una señal para sus compañeros

que desaparecieron igualmente con la misma precipitación que si fueran fantasmas que se abisman en una trampa.

El último de ellos, sin embargo, tuvo el tiempo suficiente para dirigir en voz baja algunas palabras al mesonero, en tanto que sus amigos se abismaban en las entrañas de la tierra.

— Bien, bien, — murmuró el huésped, — parecerán vuestros vestidos.

— Es lo único que deseo.

— Ahora os los traerán.

— Corriente : me parece que bien puedo desear no salir desnudo de aquí.

Lleváronle en efecto los vestidos, pero visiblemente deteriorados.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! — exclamó Chicot. — Muchos clavos debe de haber en vuestra escalera. ¡ Malditos vientos ! Pero en fin, os debo una reparación. ¡ Cómo había yo de sospechar de vos ? Tenéis una fisonomía de hombre honrado que...

El mesonero se sonrió afablemente.

— Y ahora supongo, — dijo, — que volveréis á dormir.

— No, no, muchas gracias ; he dormido bastante.

— ¿Qué vais á hacer?

— Vais á prestarme vuestra linterna, y continuaré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó á Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyándolo contra la puerta, y se tendió en la cama.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el embajador del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino diciendo:

— Veremos esta noche.

XVIII.

Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció.

Chicot pasó toda la mañana en felicitarse de haber tenido la sangre fría y la paciencia que hemos dicho, durante aquella noche de prueba.

— Pero, — dijo para sí, — no se coge dos veces á un lobo viejo en una misma trampa... Es, pues, casi seguro que hoy van á inventar una doble diablura contra mí; y por consiguiente debemos estar alerta.

El resultado de este raciocinio lleno de prudencia,